

Entre los acólitos del diablo

Rafael Toriz

*Y me verás, Señor, conducir las más negra de tus tropas,
y será negra como tú*
—Theodor Gheorghescu

TODA TEORÍA DEL INFIERNO, en su irrestricto carácter condenatorio, es un ejercicio de lucidez. Hay que ser consciente a cabalidad del lugar que se habita para esbozar un sistema que dé cuenta de los mecanismos, las apariencias y los infinitos martirios que lo componen para aspirar a describirlo. El infierno, al margen de *los otros* que le otorgan forma, rostro y contenido, es la condena a la reflexión permanente.

Juan Rodolfo Wilcock (1919-1978), uno de los escritores más potentes, extravagantes y geniales que dio el siglo xx, tuvo la certeza de vivir en el averno o al menos en versiones paralelas que mucho se le parecían. Su literatura extraordinaria, como una flor oscura y sediciosa, hace justa la expresión “incendiarse con palabras”.

En una película que apenas recuerdo, un desvencijado profesor de literatura explica: “*Lúcido* viene de Lucifer, el Arcángel rebelde, el Demonio; pero también se llama Lucifer el lucero del alba, la primera estrella, la más brillante, la última en apagarse... Lucifer viene de *lux* y de *ferous*, que quiere decir ‘el que tiene luz, el que genera luz’... El bien y el mal, todo junto. La lucidez es dolor, y el único placer que uno puede conocer será el de ser consciente de la propia lucidez”.

Wilcock supo celebrar como nadie, por su cercanía con el fuego primordial, las bodas entre el hombre y los demonios mediante la descripción de sus delirios.

Ilustración de John Tenniel
para *A través del espejo*



Entre la genialidad y la locura

La sinagoga de los iconoclastas cumple uno de los designios de las obras magistrales: ser inencontrable, presentarse como un rumor antiguo, casi apagado, venido de lejos mediante fuentes difusas (por eso resulta todo un hallazgo que Anagrama haya lanzado una tercera edición a fines del año pasado). Y así sucede con toda la obra de Wilcock, desperdigada en ediciones antiquísimas o

algunas más recientes —buena parte de su obra ha sido republicada en los últimos años por Sudamericana—, rematadas en las librerías de saldos y de viejo de la capital argentina.

A la escasez de sus libros se suma su trayectoria como escritor. Habiendo empezado su carrera como un notable poeta neorromántico en Buenos Aires en la década de los cuarenta y hasta inicios de los cincuenta —donde entablaría una sólida amistad con Borges,

Bioy y Silvina Ocampo—, partiría después hacia Italia, donde se dedicaría de lleno a la narrativa, la traducción, en ocasiones al teatro y algunas veces a la poesía.

El caso no tendría mayor interés si no fuera porque al abandonar la Argentina abandonaría también el español, esa “cárcel” (la expresión es suya), para escribir en italiano, lengua que enriqueció con sus exquisitas traducciones de las obras de Marlowe, Shakespeare, Joyce y un vastísimo etcétera. Wilcock fue un traductor destacadísimo que lo mismo tradujo al español que a la lengua de Dante, con tal maestría que Roberto Calasso, uno de los pocos sibaritas del oficio en activo, afirmó: “cuando empezó a escribir en italiano, logró transmitir enseguida a la lengua ese sello que era el de sus gestos, el modo en que se manifestaba su persona. Así, su italiano es como un islote tropical, poblado por una vegetación antigua y frondosa, atrapado en la corriente de un río contaminado por desperdicios industriales, que atraviesa una árida y pèrfida campiña. Muy pocos, hasta ahora, han intentado



Ilustración de John Tenniel para *A través del espejo*



El jardinero demente, ilustración de Harry Furniss para *Sylvie y Bruno*

poner un pie en ese islote”; expresión a la que sumaría la de Adolfo Bioy Casares: “el caso de Wilcock es en realidad extraordinario. De joven fue un excelente escritor argentino y, en su edad madura, un excelente escritor italiano”.¹

La sinagoga... es una vasta enciclopedia del disparate, un libro compuesto por esperpentos, furias, locos y otros seres imposibles que no admiten otra gramática que no sea la del absurdo, a semejanza de aquella mítica clasificación de cierta enciclopedia china.² Siguiendo la forma de las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob —género explorado por Walter Pater, Borges y algunos otros—, el narrador da cuenta de los enfebrecidos empeños de utopistas descarriados,

¹ Luego de la opinión de Calasso y de Bioy, y de haber leído la obra completa del italo-argentino, sólo es posible despreciar la opinión de Christopher Domínguez Michael, quien en ocasión de reseñar un libro de Alan Pauls sostuvo que Wilcock era un Borges sin genio.

² “Los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas”.

científicos místicos, médicos animados por la búsqueda de la belleza, perturbados, humanistas, químicos, alquimistas, falsos profetas, orates, imbéciles, astrónomos, infelices, geólogos, aventureros, franceses, inventores inútiles y otros seres exquisitos que ejercen la extraña vocación y honrado privilegio de pensar por cuenta propia; actividad que habrá de condenarlos al desprecio y la sorna o, como le ha sucedido al libro que los contiene, al olvido de la historia.

En esta frondosa selva de extravagancias, “cosecha de hechos sin explicación”, es posible toparse con Aran Kugiungian, quien posee la plural capacidad de ser diferentes personas al mismo tiempo. Se encuentra también Absalon Amet, relojero inventor del Filósofo Mecánico Universal, un aparato del tamaño de una mesa productor de sentencias y conceptos. Destaca también el fabricante de galletas Carlo Olgiati, autor de *El metabolismo histórico*, o Antoine Amédée Belouin, quien quiso construir un tren subacuático entre Francia e Inglaterra pero sin ocuparse de nimiedades como el espesor de las paredes acorazadas o la colocación de vías sobre el limo marino, abocándose por el contrario, en su carácter de líder del proyecto, a la descripción minuciosa de asientos, retretes y a las “buenas costumbres y moral, tanto dentro del convoy como en la aduana de salida y de llegada”. Brilla a su lado Klaus Nachtkecht, geólogo partidario de terapias volcánicas quien verá frustrado su emprendimiento cuando una capa de detritos volcánicos lo sepulte junto con sus trabajadores, instalaciones y pacientes.


Camina también por su galería de esperpentos el doctor Alfred Attendu, quien, convencido de que el estado ideal del hombre es la estupidez, cuenta con un hospicio para cretinos, en el que mediante terapias

de choque desea volver imbécil a la humanidad para regresarla a la felicidad y contemplar, en la cara de un idiota, el reflejo de Dios.

Parecido es el caso de Aaron Rosenblum, un utopista descarado que desea instalar al mundo contemporáneo en 1580, cuando Inglaterra gobernaba el mundo conocido, bajo el pretexto de que al parecer entonces la humanidad era feliz.

Como se ve, se trata de una galería desopilante y ridícula, y que como todas las ideas verdaderas lleva en sí misma el germen de la verdad y la genialidad. Los personajes de esta novela fragmentaria son constructores de sistemas en el vacío, creyentes ateos en mundos mejores y más lógicos que éste; de ahí la oscura fascinación que despiertan los dementes, el reconocimiento velado: vistos con detenimiento algunos de estos sistemas no resultan menos ridículos e imposibles que el comunismo, la filantropía o la democracia.

Las almas agrupadas en esta sinagoga de irreverentes se ve sin embargo sujeta a la locura del observador más perverso y desalmado, el que juzga conociendo perfectamente las paredes de su propio encierro y el más enfermo de todos: el narrador, un testigo elocuente de la locura que viene de las ninfas, filibustero que mezcla en la medida exacta la ciencia y la imaginación con la magia de sus inquilinos, esos acólitos que lo acompañan en el infierno y a quienes él aventaja en genialidad y estropicios, es decir, en enfermedad: es él quien encarna, arropado por las llamas, la terrible lucidez.

Consciente de su circunstancia, luego de haber abierto la puerta a un mundo delirante e inaudito, no deja de ser elegante y categórico al apuntar sin amargura ni vanagloria: “a nadie se le permite en este mundo ser totalmente original, a partir del momento en que todo o casi todo ha sido dicho por un griego”. 



J. Rodolfo Wilcock
La sinagoga de los iconoclastas
Barcelona, Anagrama (Panorama de Narrativas, 9), 3ª ed., 2010
(1ª ed.: 1982), 173 pp.